

Un día, después del desayuno, cuando el sol empezaba a calentar, vimos aparecer en el fondo de la plazoleta un jinete en bellissimo caballo de paso, pañuelo al cuello que agitaba el viento, y henchida alforja, que picaba espuelas en dirección a la casa.

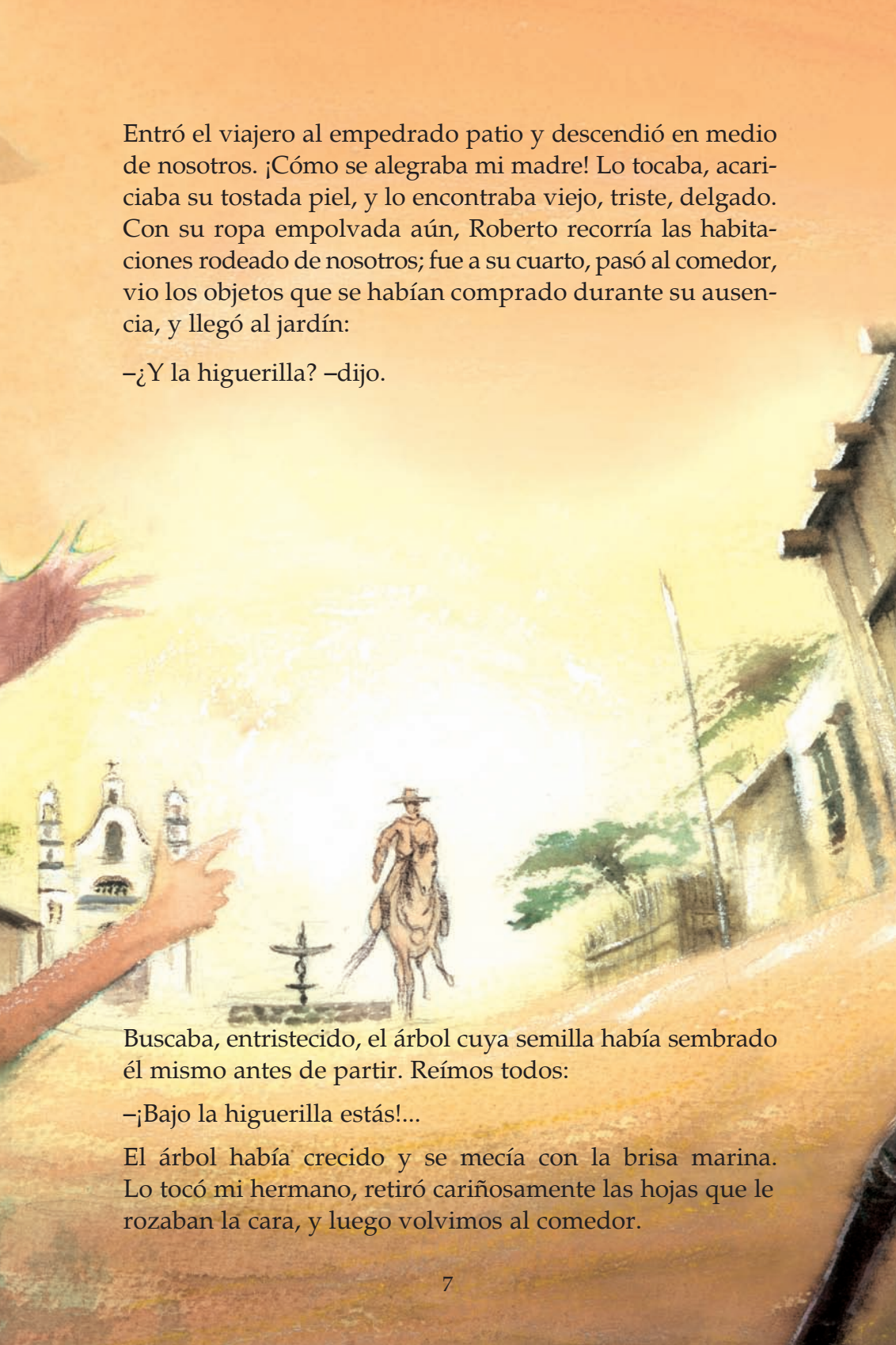
Lo reconocimos. Era el hermano mayor que, años después, volvía. Salimos atropelladamente gritando:

—¡Roberto! ¡Roberto!



Entró el viajero al empedrado patio y descendió en medio de nosotros. ¡Cómo se alegraba mi madre! Lo tocaba, acariciaba su tostada piel, y lo encontraba viejo, triste, delgado. Con su ropa empolvada aún, Roberto recorría las habitaciones rodeado de nosotros; fue a su cuarto, pasó al comedor, vio los objetos que se habían comprado durante su ausencia, y llegó al jardín:

—¿Y la higuera? —dijo.



Buscaba, entristecido, el árbol cuya semilla había sembrado él mismo antes de partir. Reímos todos:

—¡Bajo la higuera estás!...

El árbol había crecido y se mecía con la brisa marina. Lo tocó mi hermano, retiró cariñosamente las hojas que le rozaban la cara, y luego volvimos al comedor.

Sobre la mesa estaba la alforja rebosante; sacaba él, uno a uno, los objetos que traía y los iba entregando a cada uno de nosotros. ¡Qué cosas tan ricas! ¡Por dónde había viajado!

Quesos frescos y blancos, envueltos por la cintura con paja de cebada, de la Quebrada de Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maní y almendras; frijoles colados de Chincha Baja en sus redondas calabacitas; bizcochuelos de yema de huevo y harina de papas, leves, esponjosos, amarillos y dulces, en sus cajas de papel; santitos de "piedra de Guamanga" tallados en la feria serrana; cajas de manjar blanco, tejas rellenas, y una traba de gallo con los colores blanco y rojo. Todos recibíamos el obsequio, y él iba diciendo al dárnoslo:

-Para mamá... para Rosa... para Jesús... para Héctor...

-¿Y para papá? -le interrogamos cuando terminó.

-Nada...

-¿Cómo? ¿Nada para papá?...

Sonrió, llamó al sirviente y le dijo:

-¡El Carmelo!

A poco, volvió el sirviente con una jaula y sacó de ella un gallo, que, ya libre, estiró sus cansados miembros, agitó las alas y cantó estentóreamente:

-¡Cocorocóooo!...

-¡Para papá! -dijo mi hermano.

Así entró en nuestra casa este amigo íntimo de nuestra infancia, cuyo recuerdo perdura aún en nuestro hogar como una sombra alada y triste: el Caballero Carmelo.

